

Sentido común, simulación y paranoia

Fernando Lobo

ÍNDICE

I. Sensatez	II
II. Pantallas	13
III. Progreso	21
IV. Los buenos muchachos	27
V. Expliquemos el absurdo	31
VI. Lo que la gente quiere leer	37
VII. Descartes y la migraña	45
VIII. Rubia oxigenada	51
IX. Rebelión y represión	57
X. Democracia es simulación	67
XI. Paranoia 1984	71

Suba, suba usted esa escalera que llaman la Civilización, el Progreso; ascienda, sí, se lo aconsejo sinceramente. ¿Que a dónde sube? Pues le digo la verdad: no tengo la menor idea. Pero solo porque existe esa escalera vale la pena vivir.

A. Chéjov, 1891

I. SENSATEZ

Somos gente sensata. De ahí partimos. Conservamos nuestro lugar en la fila y respetamos el de los demás, miramos hacia ambos lados de la calle antes de cruzar, pagamos la cuenta del restaurante, colocamos la basura en el cesto y apagamos la luz al salir de casa. Voluntariamente buscamos asegurarnos las condiciones que propicien nuestra supervivencia. Tomamos precauciones, observamos normas de higiene, nos alejamos de las situaciones peligrosas. Eso es lo que hacemos. Nuestra sensatez se hace aún más evidente en nuestras omisiones: no insultamos sin razón a los desconocidos en la calle, no manejamos de reversa en el Periférico ni brincamos sobre el toldo de los otros autos, no robamos latas de cangrejo si hay una cámara de seguridad en el pasillo del supermercado. Si lo haces, eres un insensato, por lo tanto eres una excepción, porque ser sensato es lo normal. He ahí un primer punto: distinguimos entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo correcto y lo estúpido. Finalmente, compartimos tales certezas con los vecinos.

II. PANTALLAS

Cuando uno lo piensa, la realidad suele volverse sospechosa. Desde el Vedanta hasta Schopenhauer, se ha presentado como una construcción de los sentidos. Si el velo de Maya es aquel artificio que nos impide distinguir entre el fantaseo y el mundo verdadero más allá de lo aparente, en el edificio de la metafísica alemana el mundo se entiende como una complejísima representación.

Específicamente sobre el sentido común, hay un antiguo debate filosófico al respecto: la noción aristotélico-tomista de *sensus communis*, basada en la apariencia de las cosas, la cual produce una fuerte sensación de realidad, opuesta al *sensus communis naturae* de la persignada escolástica, que parte de la facultad del hombre para formular juicios no escépticos, nociones, verdades o principios compartidos por todos en su evidencia (o lo que haga falta para que Dios y la razón lleguen a un acuerdo).

III. PROGRESO

Cuando mi tío Mauricio dice «ya salió *Matrix 3*», o «ya está a la venta el nuevo Mercedes convertible», o «ahora ya puedes invertir en la bolsa con tus fondos de ahorro para el retiro», ese «ya» me suena teleológico. Es como si lo tuviera programado. Hay un fin, por lo tanto hay una misión, y tenemos un plan. El paso siguiente, luego el otro. Es esa sensación de movimiento. Un efecto, una ilusión. Mi tío confunde transformaciones con progreso, un equívoco muy occidental.

Antes de pasar a formarse en la fila del McDonald's en la plaza roja de Moscú, los teóricos del socialismo real afirmaban la existencia de un proceso segmentado en fases con un desenlace inminente. Las pitonisas del materialismo histórico nos dejaron aguardando que se acumularan las contradicciones del capitalismo, para que este se desplomara al paso de la gran maquinaria de la Historia.

Y los teóricos del capitalismo, bueno, son como aquella hormiga que va corriendo detrás de una estam-

IV. LOS BUENOS MUCHACHOS

La apertura de aquel McDonald's en la plaza roja significó también la rearticulación de cierto discurso bélico, mediante la construcción de un relato, un nuevo guión para un *remake*. El dialéctico enemigo de la conjura comunista (esa resignificación del mal que sirvió para explicar las dictaduras genocidas de América Latina) había dejado de ser la amenaza a nuestros equilibrios, nuestras promesas y nuestra seguridad. Y toda buena trama de acción exige un antagonista comprometido.

Unas semanas después de la caída del muro de Berlín, los marines norteamericanos invaden Panamá. En una operación militar con sanguinarios bombardeos masivos, el objetivo proclamado es la captura del dictador Noriega, acusado de narcotráfico. Es, entonces, un asunto de seguridad pública. ¿Un operativo policíaco adquiere dimensiones de guerra o es la guerra la que se reduce a labores policíacas? Es igual: los marines cumplen una orden de captura. No masacran pueblos, nos proporcionan un servicio, y eso incluye

V. EXPLIQUEMOS EL ABSURDO

En México, la puesta en escena de la megaproducción *Seguridad Global* devino, literalmente, carnicería, a tal punto que ha perdido sentido enumerar cadáveres esparcidos, grotescas ejecuciones, asesinatos y desapariciones de policías, periodistas, funcionarios, activistas, transeúntes y vecinos, fosas clandestinas, masacres de migrantes, secuestros masivos, pobladores desplazados, repentinos enfrentamientos armados en calles transitadas. Policías equipados como soldados, soldados patrullando las ciudades y mafias cobrando cuotas, todo ocurre en la misma cuadra. Los marinos acribillan delincuentes en Durango, a miles de kilómetros del puerto más cercano. Por la mañana leemos las cifras de las ejecuciones como inversionistas revisando los índices de la bolsa de valores. Administramos la paradoja: entre más priorizamos la seguridad, nuestra situación se torna más peligrosa.

El enunciado «guerra contra las drogas», a todas luces un disparate, comenzó a usarlo el presidente

VI. LO QUE LA GENTE QUIERE LEER

«Vamos a publicar lo que le gente quiere leer» instruye el potentado Kane al tomar las riendas del diario *Hearst*. Pero ese es el argumento de una ficción, un filme clásico de Orson Wells. Fuera de la pantalla, William Randolph Hearst es el padre fundador de la prensa sensacionalista. A mediados de los años veinte, las amarillentas páginas de sus diarios dejaban apreciar titulares como este: «EBRIOS DE MARIHUANA VIOLARON A UNA JOVENCITA, LA TORTURARON Y LA DEGOLLARON». Casi a diario aparecía alguna atrocidad cometida por negros, chinos o mexicanos, feroces consumidores de marihuana. La sustancia maligna no se emparentaba con el cannabis que envasaban los laboratorios Parke Davis para que las madres sajonas protestantes cortaran la gripe de sus hijos. «¿Estaban locos a causa de la droga o usaron la droga porque estaban locos?», preguntaba un escéptico fiscal de Nueva Orleans.

Los recortes de estos tabloides fueron incluidos en el informe de la Asociación Médica Americana,

VII. DESCARTES Y LA MIGRAÑA

¿Sabías que, según sondeos recientes, la institución más confiable en el país es el Ejército y la más sospechosa es la Cámara de Diputados? ¿Sabías que el setenta por ciento de los mexicanos está a favor de la pena de muerte para secuestradores, el dieciséis por ciento de los suecos consideran que han llevado una vida feliz y el cuarenta por ciento de los universitarios estadounidenses han probado marihuana al menos una vez en su vida? ¿Quieres aparecer como un experto confiable? Formula una pregunta, selecciona una muestra aleatoria de población, recluta un pelotón de desempleados dispuestos a trabajar a destajo, tocando timbres, llamando por teléfono y quitándonos el tiempo: presenta estadísticas. Actualmente no hay dato más duro que el extraído de una muestra aleatoria. Si somos incapaces de explicar nuestra realidad, al menos podemos cuantificarla.

Dos páginas antes de revolucionar la cultura occidental con los postulados del método científico,

VIII. RUBIA OXIGENADA

No lo tomaremos personal. Imaginemos a la conductora ideal de un noticiero ideal de cualquier parte del mundo: una rubia oxigenada, traje sastre rosa, sobrio peinado de salón, pestañas postizas, maquillaje profesional. Si observas con atención notarás que, detrás de esa mirada escéptica, sus pupilas brincan de un lado a otro al ritmo que le marca el teleprompter. El nombre es lo de menos. Son iguales en cinco continentes. Sus sonrisas moderadas, el tono modulado para cubrir silencios, la fría cordialidad, cada entonación está calculada para lograr un efecto especial: la objetividad. Por eso adoptan el mismo gesto para hablar de un bombardeo o de un panda nacido en cautiverio, porque este efecto (esta ilusión) plantea una distancia. Los conductores de informativos de las grandes cadenas se comportan como si fueran ellos los que están viendo la televisión.

Es el sentido común, y no la lógica, el elemento en donde Rubia se mueve con plena libertad. Si es

IX. REBELIÓN Y REPRESIÓN

Termina la telenovela. La protagonista ha descubierto a su marido besándose con la secretaria. Mi tía enciende un décimo Benson & Hedges, dice buenas noches y se va a dormir. El televisor permanece encendido. Comienza el noticiario de la noche, transmitido en cadena nacional, conducido por Rubia Oxigenada.

Hace unos días se desbordó un canal de drenaje y colonias enteras se inundaron con aguas negras. Esa mañana cientos de vecinos bloquearon la circulación de la carretera México-Puebla, así que el Gobierno movilizó sus fuerzas antimotines para dispersar a la gente. Zafarrancho, gases lacrimógenos y un alud de rocas de terracería cayendo sobre los cascos de los granaderos. La misma escena se repite seis veces: el burdo espectáculo de la rebelión y la represión. Es en el terreno del espectáculo en donde todo aquello adquiere sentido. Porque la voz en *off* de un reportero se restringe a los datos puntuales: hora, lugar, las cifras que proporciona la policía. Jamás escuchas la opinión

X. DEMOCRACIA ES SIMULACIÓN

El filósofo Jean Baudrillard, creador del concepto *má-trix* (magistralmente tergiversado en cine por los hermanos Wachowski), se refiere a una suplantación de lo real a través de los signos para dar origen a una realidad simulada y excedida: una cultura del simulacro. Aún más: «El simulacro nunca es aquello que oculta la verdad, es la verdad lo que oculta que no hay verdad alguna. El simulacro es cierto».

Para sostener la cotidianidad de una acumulación permanente de simulacros es necesario que el público participe, que se involucre en el juego.

Así, con toda civilidad, los políticos simulan que analizan soluciones para problemas descomunales y abstractos, y los funcionarios públicos simulan que son capaces de aplicarlas. Rubia simula que conoce algo del tema y mi tío Mauricio mira atentamente el televisor simulando que su opinión al respecto es relevante. ¿Y cómo culparlos? Los demás simulamos que asumimos la información y la interpretamos, simulamos certi-

XI. PARANOIA 1984

¿Quién enuncia la realidad? ¿Quién escribe las reglas del juego? ¿Alguien se lo pregunta todavía?

Al final, lo que encabrona de nuestro sentido común no es la cadena de actos de simulación que lo conforman, sino el desgaste y el fastidio provocado por nuestros simulacros: el progresivo debilitamiento de nuestra voluntad ante la Historia.

El único problema verdadero de una sociedad simulada es que eso no puede durar.

Prudencia, corrección política, buen gusto, sociabilidad: somos el cuarteto de cuerdas que sigue tocando una sonata exquisita mientras el Titanic se hunde. En nuestros buenos modales y nuestras prácticas sustentables se cocinan nuestras catástrofes, nuestros autoritarismos y nuestros odios.

Esto opera en los límites de mi paranoia, igual que las máquinas llamando a mi teléfono para anunciar productos (o, peor aún, las máquinas que respon-